

(1872)

(Artículo publicado en "El Tradicionalista de Bogotá", 4 de junio de 1872)

El malestar que aquí sufrimos no es sólo de una parte de nuestro continente, sino que otra no pequeña del antiguo se agita hondamente. España lucha entre ideas flamantes que tienen el encanto de la novedad, y tradicionales distinciones que tienen la fuerza de las costumbres; por una parte un rey extranjero que hace lo que puede y partidos empujados que no quieren lo que se hace; por otras teorías que no pasan de deseos y planes de gobierno que no pasan de sueños; con lo que, y con la inestabilidad administrativa y el ningún prestigio de la autoridad, profecías ordinarias de la anarquía, lo natural es temer que se abran las cataratas del cielo y sobrevenga el diluvio.

Puede estar cercana allí la guerra civil. La raza latina es fácil, la pasión política inquieta, y la demagogia desmedada y ambiciosa, á tal punto en los pueblos insipientes, que no hay malas ideas que no instigue, proyectos absurdos que no adopte, ni hogueras que no levante, para ser después sólo cenizas. La democracia así es un azote: viene el espíritu tribunicio, viene el libelo en la imprenta, viene el odio de razas ó de gremios; la noche es para el conciliábulo, las calles para el tumulto, los congresos para el desorden y el gobierno para oprimir en nombre de una libertad que es la última palabra del último motín. Una nación en este estado da lástima; muchas veces sucede que tiene que verse toda tinta en sangre, antes de volver al buen sentido; como si el dolor fuese el único camino de la experiencia en la vida social.

Tales son los presentimientos que tengo sobre España. Quiera Dios librarla y protegerla con su escudo; pueblo que amo por su espíritu caballeresco, y porque ha dado como el que más, grandes temas á la historia.

Francia no está bien. Thiers es un hombre histórico, con una actividad incensurable y una cabeza fecunda; pero sus hombros tienen 75 años y á su alrededor casi hay vacío. La nación se ha empobrecido en caracteres, y la coge la catástrofe con manos inflamables y casi sin estadistas, Guizot se va, bien que poniéndose como el sol, brillante siempre; Julio Favre es sólo un abogado y un orador; Gambetta más corazón que cabeza, y más patriota que pensador; siendo las demás notabilidades, con raras excepciones, ó periodistas que incitan, ó ~~tribunas~~ tribunas que convueven, ó sabios que no salen de sus laboratorios y liceos.

Menos hay la mayor contrariedad entre la conveniencia y las condiciones de actualidad. Si la gente de los campos (los *compagnards*) son casi todos napoleónicos, el imperio de Napoleón III, como el de su hijo, es póstumo para la historia; si la casa de Orleans es buena, y sería tal vez conveniente, pues sus príncipes tienen la más distinguida educación y podrían hacer feliz á su patria, casi nadie los quiere en ella porque el reinado de su padre no representó la guerra, ni ellos traerían otra cosa que silencio, aunque orden de paz, y no ruido de gloria; y en cuanto á Enrique V, si muchos lo adoran, sería tal vez un mal rey porque carece de los talentos que se necesitan hoy para gobernar á la nación más tartalenta del mundo.

Con esto es fácil de ver que no sería mal ensayar allí la república con una forma neutra en el estado actual de los partidos, que pudiese dar á todos sombra y amparo; pero debía pensarse en una república moderada, no en la de los Griegos; y si fuera posible, mezclar en ella mucho elemento conservador, como un senado á vida ó un presidente vitalicio.

Mucho teme contodo, que este recurso no sea más que una tregua. Hay en el fondo de las cosas y en el corazón de las masas dos sentimientos á cual más enemigo de la paz y de un orden regular, á saber: las ideas de la Internacional, que es la fórmula de todas las revoluciones, y el odio contra la Alemania, que pide fiebre en las asambleas, fiebre en los congresos y fiebre en el Ejecutivo; todo lo cual puede conducir tarde ó temprano á una libertad niveladora y á una república sin trabas.

Todo esto revela que existe actualmente un trabajo de recomposición en la raza latina en general, indole pronta á removerse con cualquier idea nueva ó cualquier institución que afecte su organismo. No sucede así con las otras razas. La eslava, contenta con su despotismo, que tiene la semi-inmovilidad del Oriente con lo sobrio del Norte, si sufre la esclavitud en las leyes, la conserva en las costumbres; y por lo demás, duerme en medio del ruido de civilización que la cerca. La teutónica ha alcanzado á penetrar tranquila por largos años los secretos más íntimos de la filología, sin verse turbada por las reformas que ha admitido en su poder municipal, que crece y prospera al lado del imperial. La anglo-sajona ha visto, mayormente desde Gui-

llerno III sucederse una revolución que fundó sus instituciones para no volverlas á variar, administraciones sabias, mejoras que vienen á tiempo, ideas que llegan á su casa, y sobre todo, y en lo que no reconoce rival, un parlamento que tiene las riendas en la justicia, y una prensa el oído siempre en la episcopa.

Esas razas son frías, exploradoras, pensadoras, meditabundas. Al contrario la latina, la de los trovadores, del romance, de la poesía; la que en tiempo de Julio II y León X puso en colores y en mármoles el Cielo, la Biblia y las creencias mitológicas de los antiguos; la que halló á buazar mapas para llevarlos al mapa; la que difundió más el Evangelio; la que ha encontrado el crimen en Tácito, la filosofía de la historia en Bossuet, el arte del despotismo en Maquiavelo, el fondo de las cosas en Pascal y el teatro cómico más grande que se conoce en Lope de Vega y Calderón; esa raza se conmueve y agita á cualquier viento de novedad; está llamada á un gran destino en sus en el estado presente de las sociedades; algún día hastiará la ley; pero la aguardan con toda probabilidad largos años de convulsiones.

Dos elementos en especial la trabajan hoy en lo más íntimo: el principio de libertad, que ella no sabe contener en sus justos términos, y la institución mercantil, que algunos quisieran hacer elemento único. De aquí los dos males característicos de la época: la anarquía y el individualismo, ó de otro modo, la falta de orden social y la falta de creencias religiosas. Cuando digo característicos, no quiero significar que todos los pueblos están anarquizados y son incrédulos, sino que hay escuelas que fomentan la revolución y doctrinas que materializan al hombre.

Al fin vendrá la calma, porque las malas ideas luchan para morir. Al fin vendrá un nuevo estado, siempre en bien de la humanidad, porque la vida es progreso. Al fin vendrá hasta el equilibrio de las razas, al cual están llamadas por sus propios intereses. La guerra franco-alemana talvez ha principado á abrir este rumbo. La Providencia casi siempre sorprende y confunde al hombre con sus cálculos. Ella no sólo posee el secreto de las causas; siendo la historia de ordinario, sólo los anales de los hechos.

CECILIO ACOSTA.